

Estrategia revolucionaria

Crisis de superproducción general y crisis absoluta del modo de producción capitalista*

Juan Iñigo Carrera

Centro para la Investigación como Crítica Práctica (CICP)

Resumen

Retomando los planteos realizados en un debate previo sobre el inminente estallido de una crisis capitalista mundial, el autor repasa los límites estructurales de este sistema social que llevan a su crisis y a su superación. Distingue, a su vez, entre la crisis de superproducción general, en tanto forma de reproducción del modo de producción capitalista que no porta en sí la superación del mismo, y la crisis absoluta de este modo de producción. En el contexto actual, cuando la crisis económica mundial es una realidad, la reflexión constituye un aporte necesario para entender el punto en el que nos encontramos parados.

Palabras clave

Crisis económica capitalista - Clase obrera - Desarrollo de las fuerzas productivas

Abstract

Taking up the ideas expounded in a previous debate on the imminent outbreak of a capitalist world crisis, the author revises the structural limits of this social system that leads to the crises and its overcoming. He distinguishes, as well, between the crisis of general overproduction, as a reproduction form of the capitalist mode of production, which doesn't carry in itself its overcoming, and the absolute crisis of this mode of production. In the current context, when the economical world crisis it's a reality, the reflection constitutes a necessary contribution to understand the point in where we stand.

Keywords

Capitalist economic crisis - Working class - Development of the productive power

La cuestión

Hace apenas dos años, en estas mismas páginas, Rolando Astarita proclamaba la imposibilidad de una crisis inminente de superproducción general en el mundo. En contra de mis análisis concretos acerca de la evolución de la economía norteamericana, en particular acerca del crecimiento del endeudamiento insolvente como modo de absorber la producción sobrante, pretendía “demostrar” la imposibilidad de lo que llamaba el overtrading apelando a un abstracto modelo matemático y “al olfato de los banqueros”. Pues bien, mi recomendación de que en tal caso los banqueros se hicieran urgentes rinoscopias, era certera. Hoy, que la crisis es un hecho, Astarita no tiene el menor empacho en pontificar acerca de ella, o sea, acerca de lo que ayer declaraba una quimera que sólo podía existir en la afebrada “voluntad política” de los “catastrofistas”.

El conocimiento propiamente humano, y por lo tanto el conocimiento científico, es la forma en que organizamos nuestra acción consciente y voluntaria. Por eso, el objeto del conocimiento nunca puede ser lo que ya existe en acto como tal, sino las potencias portadas en esa existencia actual. De nada sirve un conocimiento que llega tarde para organizar la acción, al pretender dar cuenta de lo que ya existe en acto, pero ser impotente para descubrir lo que existe en potencia. En mi artículo donde mostraba el avance de la acumulación mundial de capital hacia la crisis actual, desplegué las dos determinaciones fundamentales que le dan a dicha acumulación una forma necesariamente cíclica, de la cual son parte esencial las crisis periódicas de superproducción general: el crecimiento de la productividad del trabajo respecto del de la composición técnica del capital y la expansión aparentemente ilimitada de la producción social respecto del consumo social que esa misma expansión determina. Concluía planteando la

*Este artículo sintetiza desarrollos expuestos en el libro *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2008.

necesidad de conocer las determinaciones de la crisis, no ya respecto de la reproducción inmediata de la clase obrera a través de ella, sino respecto de la determinación misma de la clase obrera como sujeto histórico. Desde este punto de vista, la cuestión reside en contestarse acerca de la crisis como determinante del carácter histórico del modo de producción capitalista y, por lo tanto, como determinante del contenido mismo de la acción revolucionaria de la clase obrera. Se trata, pues, de enfrentarse a las determinaciones del modo de producción capitalista para descubrir si la crisis de superproducción general porta por sí, vale decir, es la causa, de la limitación histórica del mismo. Planteemos la cuestión bajo la forma de una serie de preguntas. ¿El reconocer a las peores crisis de superproducción como inherentes al curso normal del modo de producción capitalista implica que éste no lleva en sí necesidad alguna de superarse? ¿Es acaso la inevitabilidad de la crisis de superproducción general la causa del carácter histórico del modo de producción capitalista? ¿Lo es el hecho de que el capital sólo puede resolverlas mediante la brutal destrucción, no sólo de medios de producción, sino por sobre todo de masas de seres humanos y, por lo tanto, de fuerzas productivas sociales? ¿El fin de este modo de producción llega porque la crisis se hace insostenible para las condiciones de vida de la clase obrera? ¿Hay una última crisis de superproducción general mecánicamente insuperable para el modo de producción capitalista? ¿Es que la crisis de superproducción deja a la clase obrera sin más opción que apelar a su libre conciencia y voluntad revolucionaria para abolir el modo de producción capitalista o ser aplastada por la barbarie?

Estas preguntas remiten a otra, que va directo al eje de la cuestión: ¿Cuál es la determinación histórica específica del modo de producción capitalista que hace de la clase obrera un sujeto revolucionario? No está de más recordar aquí que: “No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o aun el proletariado íntegro, se propone momentáneamente como fin. Se trata de saber lo que el proletariado es y lo que debe históricamente hacer de acuerdo a su ser”.¹

El ser social de la clase obrera: la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada

La historia natural humana² es la historia de la transformación de las condiciones materiales de la vida social mediante el trabajo. El desarrollo del ser humano como sujeto histórico no es sino el desarrollo de su capacidad para actuar consciente y voluntariamente sobre el

¹Marx, Carlos, en C. Marx y F. Engels: *La sagrada familia*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1971, p. 51.

²Marx, Carlos: *El capital*, T. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, p. XV.

resto de la naturaleza, a fin de transformarlo en un medio para sí. Esto es, el desarrollo del ser humano como sujeto histórico es el desarrollo de la condición como sujeto de la producción, o sea, de la subjetividad productiva humana. Este desarrollo es el único punto de partida concreto materialista, y por lo tanto científico,³ para producir la conciencia respecto de cualquier proceso histórico.

El modo de producción capitalista disuelve toda organización general directa del trabajo social basada en las relaciones de dependencia personal, convirtiendo a los productores en individuos libres. Luego, le da a cada fragmento especial del trabajo social la forma concreta de trabajo privado realizado con independencia respecto de los demás. La asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus distintas formas concretas útiles se organiza, así, mediante un sistema autónomo. Al ser realizado de manera privada e independiente,⁴ el trabajo abstracto socialmente necesario -simple gasto productivo de cuerpo humano, cualquiera sea la forma concreta en que se lo realice⁵ y, como tal, condición natural para la vida humana cualquiera sea la modalidad social que rij a ésta-⁶ adquiere una forma social históricamente específica. Una vez materializado en sus productos, dicho trabajo aparece representado como la aptitud de estos para relacionarse entre sí en el cambio, poniendo así en relación social a sus propios productores.⁷ Esto es, se representa como el valor que determina a los productos del trabajo social realizado privadamente como mercancías.⁸

Necesitada de producir su relación social general a través de la producción material, la libre conciencia y voluntad del productor que organiza privada e independientemente su trabajo social se encuentra sujeta a una determinación que le es históricamente específica. Debe someterse a la necesidad que le impone la forma de valor tomada por su propio producto material. Debe actuar como personificación de su mercancía; como cuestión de su propia vida o muerte, debe producir valor. El productor de mercancías se encuentra libre de toda servidumbre personal porque es el sirviente de las potencias sociales de su producto. Así como la voluntad del productor tiene pleno dominio sobre el ejercicio privado e independiente de su trabajo individual, se encuentra sometida por completo a los atributos sociales del producto de este trabajo. Desde el punto de vista de la participación del productor privado e independiente en el trabajo social, su conciencia

³Ibíd., p. 303.

⁴Ibíd., pp. 9-10.

⁵Ibíd., pp. 5-6, 11 y 13.

⁶Ibíd., p. 37.

⁷Ibíd., pp. 37-38.

⁸Ibíd., pp. 5-6.

y voluntad sólo cuentan en cuanto él personifica las potencias de su mercancía. La potencia productiva de su trabajo social se enfrenta a los propios productores como una potencia que les es ajena, como una potencia encarnada en sus mercancías. La conciencia y voluntad libres del productor de mercancías son las formas concretas en que existen su conciencia y voluntad enajenadas.

Ahora bien, al mismo tiempo, sólo porque se encuentran sometidas al dominio de la mercancía, es que la conciencia y la voluntad humanas se determinan a sí mismas como libres de todo dominio personal ajeno. En los modos de producción anteriores, empezando por el comunismo primitivo, no existían los individuos libres de relaciones de dependencia personal en la organización de su trabajo social. Quienes se detienen en las apariencias de la circulación de las mercancías, creen que sus poseedores son sujetos abstractamente libres por naturaleza. Pero la libertad humana no es sino una relación social que, en su desarrollo histórico hasta hoy, sólo ha existido y existe bajo la forma concreta del no estar subordinado a relaciones de dependencia personal porque se está sometido a las potencias sociales del producto del trabajo. Por lo tanto, el desarrollo de la libertad no tiene otra necesidad que la que pueda brotar del desarrollo de su misma enajenación.

La producción social no tiene ya por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la producción de la relación social general misma, la producción de valor. Como relación social general objetivada que representa el trabajo social hecho de manera privada e independiente, el valor toma la forma sustantivada de dinero. El dinero representa a todas las modalidades concretas del trabajo social y, por lo tanto, es en sí mismo la capacidad latente para poner en marcha a todas esas modalidades como punto de partida del proceso de metabolismo social. De modo que la organización de la producción social no parte simplemente de que la conciencia enajenada de cada individuo libre pone en acción su porción de trabajo social. Por el contrario, la conciencia enajenada no hace sino expresar la necesidad de la relación social sustantivada, que pone en movimiento al trabajo social sin tener por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la reproducción ampliada de la misma relación social sustantivada. Se trata de la valorización del valor, de la producción de plusvalía. Tal es el modo capitalista de organizar la producción social. El capital no es sino la forma histórica específica en que la capacidad para organizar el trabajo de la sociedad se pone en marcha como atributo portado en una cosa producto del trabajo social anterior, con el fin inmediato de producir más de esa capacidad para organizar el trabajo social como atributo del producto material del trabajo ante-

rior. El capital se encuentra determinado así como el sujeto concreto inmediato de la producción y el consumo sociales.

Como individuos libres e independientes, los obreros asalariados entran en relación social general como personificaciones de la única mercancía de que disponen para vender, su fuerza de trabajo. Por lo tanto, la clase obrera no tiene de dónde sacar más potencias revolucionarias históricamente específicas que las que obtiene de su propia relación social general, o sea, de la producción de plusvalía. Puesto del derecho, la historia de la producción de plusvalía no es sino la historia de la producción de las potencias revolucionarias materiales de la clase obrera y, por lo tanto, de su conciencia y su voluntad revolucionarias.

La clase obrera se constituye a sí misma como tal en su relación necesariamente antagónica con el capital por la venta de la fuerza de trabajo por su valor. Pero el desarrollo de sus potencias revolucionarias específicas no se limita al desarrollo de la subsunción formal del trabajo en el capital. A través de la producción de plusvalía relativa, el trabajo se encuentra realmente subsumido en el capital.⁹ Aun como clase obrera y en su proceso de consumo individual, los obreros son atributo del capital,¹⁰ que los produce y reproduce como seres humanos, o sea, como poseedores de conciencia.¹¹ El capital rige hasta la ley de su reproducción biológica.¹² Bajo la apariencia propia de la circulación de las mercancías de que se trata de una conciencia libre, la conciencia y voluntad del obrero no tiene otra determinación que el ser la forma concreta necesaria de la enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias del capital; o sea, de su propia relación social general objetivada que se ha convertido en el sujeto concreto enajenado de la vida social.

La transformación capitalista de la materialidad del trabajo y del trabajador

En pos de producir plusvalía relativa, el capital revoluciona constantemente las condiciones materiales de producción. Esta revolución no se limita al carácter de proceso necesariamente colectivo en gran escala que tiene el trabajo en la gran industria. Con el desarrollo del sistema de la maquinaria, el capital revoluciona la naturaleza material misma del trabajo. El trabajo va dejando de consistir en la aplicación consciente de la fuerza y pericia humanas sobre la herramienta, para hacer que ésta actúe sobre un objeto, transformando así el valor

⁹Ibíd., pp. 426-27.

¹⁰Ibíd., p. 482.

¹¹Ibíd., p. 487.

¹²Ibíd., pp. 534 y 544.

de uso del mismo. En cambio, va tendiendo a consistir en la aplicación del gasto consciente de cuerpo humano al ejercicio del control científico sobre las fuerzas naturales, y a la objetivación del mismo como un atributo de la maquinaria, de modo de descargar automáticamente dichas fuerzas naturales sobre la herramienta, haciendo que ésta actúe transformando el valor de uso del objeto del trabajo.¹³ El productor de mercancías tiende a ser un individuo colectivo, formado por obreros doblemente libres -en el sentido de no estar sometidos al dominio personal de nadie y de estar separados de los medios de producción necesarios para producir su vida, que consecuentemente se les enfrentan como una potencia social ajena-, que realiza su trabajo de manera privada e independiente. Como tal productor privado independiente tiene dominio pleno sobre su proceso individual de trabajo en tanto sujeto colectivo, pero carece de todo control sobre el carácter social general del mismo. Por ello, debe someter su conciencia y voluntad de colectivo de individuos libres al dominio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, el capital: tiene que producir plusvalía. La conciencia y la voluntad libres de los miembros del obrero colectivo son la forma concreta de su conciencia y voluntad enajenadas en el capital.

Universalidad y fragmentación capitalistas de la subjetividad productiva del obrero

El modo de producción capitalista tiende a determinar al obrero como un sujeto social cuya libertad se desarrolla en tanto la materialidad de su propio proceso de trabajo, regido de manera enajenada, lo va transformando necesariamente en el portador de una conciencia científica, vale decir objetiva y, por lo tanto, libre, que apunta hacia un alcance universal. Y, así como el capital va borrando de la materialidad del proceso de trabajo las particularidades que corresponden a la aplicación directa de la fuerza de trabajo sobre los objetos, va universalizando los atributos de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, va universalizando las condiciones de su reproducción, o sea, los atributos del consumo humano.

Claro está que el modo de producción capitalista realiza esta transformación en tanto la organización consciente de la producción social es, al mismo tiempo, la forma concreta necesaria de realizarse su opuesto. O sea, en tanto esa organización consciente es la forma concreta necesaria de realizarse la enajenación de las potencias productivas del trabajo humano como atributo de su propio producto

¹³Ibíd., p. 425. Marx, Karl: Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858, Volumen 2, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1972, pp. 227-230 y 236-237.

material, que se ha convertido en portador de la relación social general. Dicho aún de otro modo, en tanto se trata de la socialización del trabajo privado. De modo que el capital sólo puede desarrollar las potencias y necesidades universales de los sujetos del trabajo social a través de su contrario, o sea, a través de mutilar y fragmentar constantemente la universalidad de la fuerza de trabajo.

Con su socialización privada del trabajo, el capital revoluciona la materialidad del proceso de trabajo del modo visto, a expensas de fragmentar la fuerza de trabajo social al determinar la subjetividad productiva del obrero de la gran industria de tres modos contrapuestos.

En primer lugar, el capital necesita desarrollar la subjetividad productiva de los miembros del obrero colectivo portadores del desarrollo de la capacidad de éste para avanzar en el control universal de las fuerzas naturales y en el control consciente del propio carácter colectivo de su trabajo. Considerado en sí, el desarrollo de esta subjetividad productiva expresa la tendencia general inherente al desarrollo históricamente específico de las fuerzas productivas de la sociedad bajo el modo de producción capitalista. Pero el capital mismo contrarresta esta tendencia, convirtiendo cada avance en el control sobre las fuerzas naturales en una nueva fuente para la degradación de los atributos productivos del obrero que ejerce dicho control. Al mismo tiempo, en el proceso de expansión de su subjetividad productiva enajenada, el obrero colectivo se extiende hasta tomar a su cargo la coacción sobre sí mismo y la representación general del capital. La relación antagónica general entre quienes personifican a la fuerza de trabajo y quienes personifican al capital penetra al interior del obrero colectivo y, en consecuencia, al interior de la propia clase obrera. Los obreros a cargo de estas tareas aparecen ante sí mismos y los demás como la negación misma de lo que son; a saber, miembros de la clase de los individuos libres que sólo cuentan con su fuerza de trabajo como mercancía para vender, o sea, trabajadores forzados para el capital social, miembros de la clase obrera. De donde, aun la parte de la clase obrera que el capital determina como portadora directa del desarrollo de la subjetividad productiva se encuentra mutilada en su capacidad para conocer su propia determinación como sujeto enajenado de la producción social. Por lo tanto, el capital mutila a esta parte de la clase obrera en el ejercicio mismo de la potencia histórica para la cual la constituye: el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a través de la organización consciente objetiva del trabajo social.

En segundo lugar, el sistema de la maquinaria degrada la subjetividad productiva del obrero que interviene en el proceso directo de producción. Lo convierte en apéndice de la maquinaria. Su trabajo

se ve constantemente descalificado, despojado de todo contenido más allá de la repetición mecánica de una tarea cada vez más simple. Con cada salto adelante que pega el capital en el proceso de apropiarse de las fuerzas naturales, es decir, con cada salto adelante dado por la capacidad productiva del trabajo mediante el desarrollo de la maquinaria, el capital saca a masas enteras de este tipo de obrero del proceso directo de producción. Y hace otro tanto con el obrero parcial aún sujeto a la división del trabajo en la manufactura. Así y todo, a la par que cada salto técnico expulsa este tipo de trabajo vivo al reemplazarlo por trabajo muerto, genera espacios nuevos para su explotación. Estos brotan, precisamente, en base a haberse dado un paso más en la degradación de los atributos productivos de los dos tipos de obrero en cuestión. Otra vez, el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad regido por la producción de plusvalía relativa lleva en sí su propia negación al multiplicar la población obrera a la que, lejos de desarrollarle su subjetividad productiva, reproduce con una subjetividad productiva cada vez más degradada.

En tercer lugar, la acumulación de capital mediante el sistema de la maquinaria transforma a una porción creciente de la población obrera en sobrante para las necesidades del capital. El capital es la relación social general de la población obrera, es decir, la relación social general en que la clase obrera entra para reproducir su vida natural. De modo que ser transformado en sobrante para el capital significa verse privado del ejercicio de la capacidad para producir la propia vida natural. El capital arranca así a la superpoblación obrera hasta el último rastro de subjetividad productiva, condenándola a muerte. De este modo brutal, el capital resta el aporte de masas crecientes de la población obrera al desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.

La razón histórica de existir del modo de producción capitalista

El desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a través de la socialización del trabajo privado, o sea, la reproducción del modo de producción capitalista, toma forma concreta en la negación de ese desarrollo a través de las mutilaciones que necesariamente impone sobre la subjetividad productiva de toda la población obrera. Esta forma concreta bajo la cual el modo de producción capitalista desarrolla las fuerzas productivas del trabajo social libre basta para poner en evidencia que no se trata de la forma social acabada de ese desarrollo. Se trata de una modalidad histórica específica que lleva en sí la necesidad de su propia superación.

La transformación de la naturaleza del trabajo y del productor de mercancías pone en evidencia la razón histórica de existir del modo

de producción capitalista: la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo colectivo conscientemente organizado por el mismo obrero colectivo que lo realiza, bajo la forma contradictoria del desarrollo del trabajo social como trabajo privado. Se trata de un trabajo cuyo producto se enfrenta a sus propios productores como el portador autónomo de la capacidad para poner en marcha al trabajo de la sociedad y, por lo tanto, como el portador de una potencia social que les es ajena y los domina. Esta contradicción inmanente al modo de producción capitalista es la que lo hace llevar en sí la necesidad de superarse a sí mismo, engendrando en su propio desarrollo la organización consciente general de la producción social.

La centralización del capital como propiedad enajenada de la clase obrera

El avance en la socialización del trabajo privado tiene por forma necesaria la centralización del capital, o sea, la confluencia de los capitales individuales hacia su unidad inmediata como capital total de la sociedad. Es en la acción política, o sea, cuando expresa inmediatamente las potencias del capital social, que la clase obrera da cuerpo a la socialización directa del trabajo privado. La acción revolucionaria de la clase obrera es la forma concreta necesaria en que la referida revolución constante en la materialidad de los procesos de trabajo -que al mismo tiempo implica su socialización directa- desarrolla su necesidad de organizarse como una potencia directamente social que trasciende los límites de su forma privada capitalista. Por lo tanto, esta acción revolucionaria es la forma concreta necesaria en que el modo de producción capitalista realiza su necesidad histórica de superarse a sí mismo en su propio desarrollo.

El curso pasa por que la clase obrera tome en sus propias manos su relación social general enajenada, o sea, se apropie del capital social. Cosa que sólo puede hacer centralizando el capital como propiedad del estado.¹⁴

La socialización completa del trabajo privado, esto es, la centralización absoluta del capital como propiedad de un estado mundial, es el curso necesario de la acción política de la clase obrera como forma plena del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad bajo el modo de producción capitalista. Pero este no es su verdadero fin. Una sociedad en donde la ejecución y el control íntegros del proceso de trabajo se encontraran en manos de los obreros asalariados, y el

¹⁴Marx, Carlos y Federico Engels: Manifiesto Comunista, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1975, pp. 49-50.

capital fuera una propiedad colectiva de estos mismos obreros bajo la modalidad necesaria de capital estatal, sería la forma más desarrollada de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital. Aquí, la separación del obrero respecto de sus medios de producción se ha desarrollado plenamente. Estos medios se le enfrentan al obrero directamente -esto es, ya sin necesitar la mediación de la figura del capitalista- como una potencia social autónoma objetivada que le es ajena y lo domina.

La organización consciente, o sea libre, de la vida social

El carácter privado del trabajo quiere decir lisa y llanamente que la conciencia libre que organiza cada unidad del trabajo social se encuentra privada de controlar sus propias potencias sociales. Éstas se le presentan invertidas como el poder social que impone sobre ella su producto -el capital- para corporizar la unidad general del trabajo social. En tanto la conciencia libre personifica necesariamente este poder social que pertenece a su producto, se encuentra determinada como conciencia enajenada.

En la plenitud de su desarrollo, la conciencia libre portadora de la enajenación cobra directamente forma en la materialidad misma del proceso de trabajo. A esta altura, el trabajo consiste materialmente en aplicar una conciencia científica -es decir, una que conoce sus propias determinaciones de manera objetiva y, como tal, que avanza en su libertad- al desarrollo del control sobre las fuerzas naturales a fin de objetivarlas en la maquinaria, o sea, a la multiplicación de la capacidad para organizar el proceso de metabolismo social. Pero este mismo producto, es decir, dicha capacidad multiplicada de organización, se enfrenta a sus productores bajo la forma social específica de plusvalía. Esto es, se los enfrenta como una potencia social que les es ajena por pertenecerle al producto material de su trabajo y a la cual se encuentra sometida su misma conciencia objetiva. Se trata de una organización automática de la vida social, donde el trabajo humano consiste en desarrollar la capacidad para controlar dicha organización conscientemente, que al mismo tiempo tiene por objeto inmediato la multiplicación de la capacidad para organizar automáticamente la vida social a espaldas de la conciencia de sus productores.

El límite absoluto al desarrollo capitalista de las fuerzas productivas de la sociedad reside en esta negación del dominio pleno sobre las propias potencias del trabajo social. Por lo tanto, la barrera capitalista última al desarrollo de las fuerzas productivas reside en la mutilación que le impone a la conciencia libre su determinación como forma de existencia de la conciencia enajenada. La superación de esta barrera implica necesariamente la aniquilación del trabajo privado como

modo de organizarse el trabajo social, dando curso a la organización consciente general de este trabajo.

Este paso adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas toma entonces necesariamente una forma concreta material que le es específica. A saber, toma la forma de una revolución social en la que el sujeto material de ese desarrollo, o sea, la clase obrera, no se limita ya a aniquilar a la burguesía transformando al capital en una propiedad inmediatamente social. Lo que hace es aniquilar al capitalismo mismo. Y, con él, aniquila al representante político general del capital social, al Estado. Con lo cual la clase obrera alcanza también su propio fin. La nueva relación social general tiene por forma concreta la conciencia y voluntad mediante las que el trabajador se determina a sí mismo de manera inmediata como órgano individual del trabajo social. La libertad no consiste ya en no estar sometido al dominio personal de otro a expensas de encontrarse sometido al dominio de las potencias sociales del producto del propio trabajo. Ahora, la libertad consiste en no estar sometido al dominio personal de otro por poseerse el dominio pleno sobre las potencias sociales del propio trabajo. Se ha desarrollado como la conciencia objetiva plena respecto de la propia subjetividad individual como portadora de las potencias productivas sociales. Se trata, por lo tanto, de la organización consciente general del proceso de producción de la vida social. La conciencia libre, o sea, la libre individualidad, ha pasado a ser la relación social general.¹⁵

Las potencias revolucionarias históricamente específicas de la clase obrera para superar el modo de producción capitalista no brotan de la realización del “derecho”, la “justicia”, o la “igualdad” ante la “antinatural” injusticia y explotación capitalistas;¹⁶ ni de la realización de la “dialéctica de la eticidad”;¹⁷ ni del “aumento en la autodeterminación interna o moralidad propia”;¹⁸ ni de que la mera relación antagonica entre explotadores y explotados en la lucha de clases genere una abstracta acumulación de experiencia;¹⁹ ni de la autonomización de la lucha de clases respecto de su determinación como

¹⁵Marx, Karl: Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858, Volumen 1, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971, p. 85.

¹⁶Berstein, Eduard: Socialismo teórico y socialismo práctico. Las premisas del socialismo y la misión de la social democracia, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1966, p. 157. Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe: Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics, Verso, London, 1985, pp. 180-181.

¹⁷Habermas, Jürgen: Conocimiento e interés, Taurus Ediciones, Madrid, 1982, p. 67.

¹⁸Mezaros, István, Marx's Theory of Alienation, Merlin Press, London, 1986, pp. 188-189.

¹⁹Lukács, Georg: Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista, Editorial Grijalbo, México, 1969, p. 83.

forma concreta necesaria de la socialización del trabajo privado;²⁰ ni de la autonomización de la conciencia de la clase obrera respecto del capital, sea de manera relativa mediante la producción de una “doctrina” revolucionaria,²¹ sea mediante su “autovalorización”,²² ni de la “democratización” del capitalismo en un aparente empate entre la conciencia abstractamente libre y la conciencia abstractamente enajenada mediante el “socialismo de mercado”;²³ ni de la producción de una conciencia obrera capaz de seguir desarrollándose por su cuenta más allá del agotamiento del desarrollo de las fuerzas productivas;²⁴ ni de la necesidad de evitar la “barbarie” ante la creciente imposibilidad mecánica de la reproducción del capital;²⁵ ni de esta imposibilidad mecánica misma;²⁶ ni de la resistencia de la población obrera sobrante para el capital en su lucha desesperada por sobrevivir. Cada una de estas supuestas razones presupone que la conciencia obrera se impone, por sí, sobre la propia determinación del ser social de la clase obrera como atributo del capital. Todas ellas constituyen, por lo tanto, inversiones idealistas. Y a todas ellas es necesario oponer un enfoque materialista. El modo de producción capitalista no es sino la forma en que la sociedad desarrolla sus fuerzas productivas materiales mediante la acelerada socialización del trabajo libre -o sea, mediante la gestación y el avance de la organización consciente del trabajo social por los propios productores directos- al poner a la multiplicación misma de dicha socialización como el objeto inmediato de la producción y el consumo sociales. De modo que esta modalidad de organización de la producción social se pone en acción con el fin inmediato de reproducir esta misma modalidad de organización en una escala cualitativa y cuantitativamente ampliada. De ahí su necesidad específica de revolucionar la materialidad misma del proceso de trabajo, transformándolo en el ejercicio de las facultades humanas

²⁰Holloway, John: “The Great Bear: Post-Fordism and Class Struggle”, Werner Bonefeld y John Holloway (eds): *Post-Fordism & Social Form: A Marxist Debate on the Post-Fordist State*, Macmillan, London, 1991, p. 100.

²¹Althusser, Louis: *La revolución teórica de Marx, Siglo XXI*, Buenos Aires, 1968, pp. 142-181.

²²Negri, Antonio: *Marx au-delà de Marx*, Christian Bourgois Éditeur, Paris, 1979, p. 182.

²³Schweickart, David: *Against Capitalism*, Cambridge University Press, New York, 1993. Roemer, John: *A Future for Socialism*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1994.

²⁴Trotsky, León: *El Programa de Transición*, Ediciones Política Obrera, Tigre, s/f, pp. 5, 7-8 y 42-44.

²⁵Luxemburg, Rosa: *La acumulación de capital*, Editorial, Buenos Aires, 1968, pp. 332 y 485.

²⁶Grossmann, Henryk: *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI, México, 1984, p. 121.

para subordinar las fuerzas naturales a su control consciente ejercido como una potencia directamente social. Pero también de ahí que los productores directos se enfrenten al producto de su propio trabajo libre como el portador de la organización de la producción social que se les impone como una potencia ajena que los domina; o sea, como la negación misma de su organización consciente del trabajo social, como capital. Por lo tanto, el modo de producción capitalista revoluciona constantemente la materialidad del proceso de trabajo de una manera que encierra la necesaria superación de su propia reproducción. Sólo por estar plenamente determinada como atributo de su propio producto material enajenado, y por conocerse plenamente en esta determinación suya como forma necesaria de avanzar en la socialización consciente del trabajo, la acción revolucionaria de la clase obrera es la expresión plena actual de la acción liberadora.²⁷

Las crisis de superproducción general y la crisis absoluta del modo de producción capitalista

Con toda su brutalidad destructiva de fuerzas productivas sociales, las crisis de superproducción general son la manifestación de la existencia del límite histórico del modo de producción capitalista, pero no la causa de este límite. No portan en sí la superación de este modo de producción sino que son formas necesarias de la reproducción del mismo. Los nuevos rasgos con que el capitalismo se reproduce en ellas no son una “salida” para prolongar artificialmente la vida de éste, sino el curso propio del mismo hacia su verdadera crisis absoluta. El ver en ellas el abstracto final del modo de producción capitalista deja a la clase obrera desarmada frente a la agudización de las propias contradicciones de las que es portadora.

La contradicción absoluta que lleva en sí el modo de producción capitalista es el ser el modo históricamente específico de desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a través de la socialización del trabajo privado. Esto es, su contradicción absoluta reside en ser el desarrollo de la organización consciente del trabajo social por los individuos libres a través del desarrollo de la organización automática, y por lo tanto enajenada, del mismo trabajo social. Esta contradicción absoluta tiene su expresión concreta plena en la transformación de la materialidad del trabajo humano, cuyo producto material inmediato pasa a ser la multiplicación de la capacidad para organizar conscientemente el trabajo social bajo la forma social concreta de capital, o sea, de la organización del trabajo social que escapa al control de sus

²⁷Engels, Federico: *El Anti-Dühring*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1967, pp. 122-123.

propios productores. La superación de esta contradicción constituye la crisis absoluta del modo de producción capitalista, materialmente portada en la revolución social en que la clase obrera realiza la libertad humana como el dominio consciente pleno sobre las potencias sociales del propio trabajo individual. Se trata, por lo tanto, de la revolución social en que la clase obrera se supera a sí misma engendrando la sociedad de los individuos libremente asociados.

Por cierto, la acción revolucionaria de la clase obrera necesita contestarse acerca de si una crisis de superproducción general, con su necesidad de acelerar el desarrollo de la productividad del trabajo, puede devenir la forma concreta portadora de la crisis absoluta del modo de producción capitalista. Pero, antes, necesita conocer las crisis de superproducción general en su determinación como puntos clave en el proceso de socialización del trabajo privado a través de la centralización del capital, de los cuales ella misma es el sujeto histórico más potente. Y contra esta acción se levanta hoy la propia crisis de superproducción general, en tanto reafirma el carácter privado del trabajo al exacerbar la competencia entre las porciones nacionales de la clase obrera y acentuar la diferenciación de la subjetividad productiva de la fuerza de trabajo.

La propuesta es ahora continuar el debate haciendo centro en la contradicción entre universalidad genérica y diferenciación específica de la fuerza de trabajo dentro del modo de producción capitalista, y en la contradicción entre universalidad del trabajo social y fragmentación nacional, respecto de los mismos atributos productivos de la fuerza de trabajo. Esta doble cuestión es la primera cuestión clave en la organización política actual de la clase obrera. La segunda la constituye la forma de conciencia portadora de la determinación histórica de la clase obrera, y por lo tanto, la forma de la organización de esa acción política.

